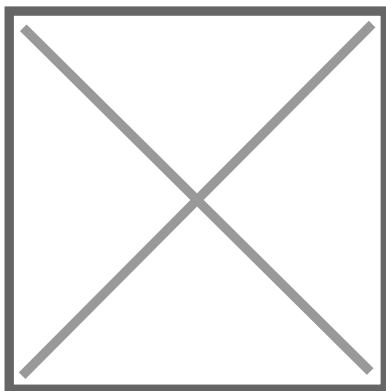




Neruda: A treinta años de su muerte

Siempre tras él una leyenda o varias con escenarios distintos: Temuco, Birmania, Madrid o Capri. Su personalidad avasallaba. Su voz nasal nos carcomía hasta el alma y sus ojos dormidos eran los de una tortuga marina gigante.

Hace treinta años (23 de septiembre) falleció el famoso vate de Isla Negra en un período de aciagos días para los chilenos. Recuerdos y recuerdos de su persona y obra se acumulan junto al cronograma histórico de la patria. Pues el destino de los grandes hombres se mantiene y conserva indestructiblemente unido al presente y al porvenir de nuestra nación. Allí radica su permanente actualidad, su indestructible vigencia en el espíritu de todos sus compatriotas. Alguna vez expresé: Neruda que Ercilla era el inventor de Chile, afirmación que es una verdad incuestionable. Como tal aserto corresponde a la verdad, en relación con el propio Neruda, diremos que este es el poblador de Chile. Las páginas de la obra nerudiana se encuentran pobladas de hombres de nuestra tierra, de lluvias, de paisajes y fantasías. Pobló el universo del país con sus propias realidades y nos obliga a verlas en su real magnitud. Nos entrega una imagen de Temuco o de Tacahú, de una niña con boina, de una cebolla o un cangrejo, del fantasma del buque de carga o de un Lautaro

"elástico y azul fue nuestro padre". De este modo locamos a Chile y lo pensamos nerudianamente. La pluralidad de las visiones nerudianas integró a Chile en América y a ésta en el mundo. No en vano, ese hecho fue reconocido por la Academia de Estudios del año 1971 con el otorgamiento del Premio Nobel. Hay tantos significados que andan por ahí dando vueltas, con sus polifacéticas imágenes, y tantas exigencias, que en esta oportunidad no quisiera referirme a ellos. Serellamente haremos un breve recuento personal, grato e íntimo, del Neruda que yo conocí. La casualidad que se burla, aquella que escapa al azar, me hizo un día de vacaciones escolares de invierno ingresar al Salón de Honor de la Universidad de Chile, el año 1954, para participar en la celebración de un Neruda que cumplía sus cincuenta años. Recordó con claridad los valores del interior, también con espanto, las pifias enemigas del exterior. Neruda así como tenía amigos, despertaba hostilidades en otros acedios. Los contextos políticos-sociales de la época aún no

era comprensibles por mí enteramente. No obstante, es ahí entre los que atercaban. Eran los años del Canto General y de los versos del capatán. Años más tarde, Neruda hizo apariciones públicas dos o tres veces en auditorios de la Universidad de Concepción; los universitarios de entonces fuimos sus audientes, nos leía algunas Odas Elementales, su Extravagario. Cien sonetos y su Canción de gesta. El poeta "Donde estará la Gullermina", roviado por el propio poeta, aún no me lo puedo sacar de la cabeza. Hubo una comida colectiva en el restaurant (sic) Lincoln, al término de ella se produjo un gesto muy propio de su persona. Neruda, acompañado por Madrid, al lucirse la sobremesa, se retiró para ir a dormir su acostumbrada siesta. Neruda era para mis compañeros estudiantes y para mí la manifestación más plena de la poesía. Siempre tras él una leyenda o varias con escenarios distintos: Temuco, Birmania, Madrid o Capri. Su personalidad avasallaba. Su voz nasal nos carcomía hasta el alma y sus ojos dormidos eran los de una tortuga marina



Juan Gabriel Araya Grandón

gigante. Lento y pausado hablaba sin imponerse, con lengua sutil, oído atento y cabeza llena de intuiciones geniales que lanzaba sobre los espacios, llenándolos de poesía en estado puro. Cuando el poeta cumplió 65 años, otra vez coincidió esa fecha con una breve permanencia mía en Santiago. Ahí, el acto de celebración se efectuaba en el Teatro Campesino, ubicado en la calle San Diego, el coliseo de los grandes acontecimientos deportivos, artísticos y políticos de la época. Allí también estuve. Neruda era Doctor Honoris Causa de la Universidad de Oxford y de la Universidad de Chile. Mario Baeza, el famoso director del Coro de la ex Universidad Técnica, hizo una formidable introducción oral al recital que ofreció el poeta en aquella oportunidad. Quiso mi buena estrella que en el momento de mayor gloria del poeta (octubre de 1971), me es

respondiera hacer el Discurso de conmemoración con el que la Universidad de Chile (Sede Nuble), se adhería al título de la ciudadanía chilena por el otorgamiento del Premio Nobel al ilustre compatriota. El pintor Julio Escámez y el profesor universitario Jaime Concha, valiosos ensayistas, fueron cordialmente invitados por la Sede para entregar su homenaje. Esos días fueron de oro y azul para poesía chilena; el regocijo de los intelectuales, estudiantes y del pueblo en general fue increíble. Por fin el Nobel para Neruda.

En aquella oportunidad, escribimos "Tanta poesía en este poeta. Neruda es el mar, la cordillera, rostro de Chile. Su amor por el país -continuamente presente- es un amor de hombre fuerte, poderoso, entrañablemente sustancial. Nunca ha amado el país como un idealista romántico, sino como un hombre que sabe que la patria debe ser amada con los cinco sentidos: con pasión y ternura. Nunca terminamos de enumerar las variadas manifestaciones poéticas de Neruda referidas a nuestro país. Su amor por la botánica chilena, la zoología, la ornitología, por los bosques, ríos y mares. Por la lluvia de Temuco, que empapa toda su obra... Por eso celebramos este premio y a este hombre."

En el aniversario de su muerte es bueno recordar su obra y su amor por Chile.

Neruda, a treinta años de su muerte [artículo] Juan Gabriel Araya Grandón.

Libros y documentos

AUTORÍA

Araya G., Juan Gabriel, 1937-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda, a treinta años de su muerte [artículo] Juan Gabriel Araya Grandón. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile